

El fuego

Samuel Linares



Image not found.

Capítulo 1

El fuego.

me levantaba todas las mañanas con náuseas, incluso antes de que aquella pregunta se pasara por mi cabeza. aquella pregunta que mis labios nunca pronunciaban, pero que siempre tenía en la boca. ¿Quién encendió aquél fuego? ese fuego que arrasaba con todo. una colilla que dejaba en el cenicero y que se expandía por las cortinas, devorando la ventana y todo lo que ella contemplaba. que luego seguía su curso por las paredes, por los poemas tristes escritos a máquina y dejados a su suerte en las frías baldosas del suelo, por los escritorios, por la cama. unas llamas que nunca me acariciaban con su calor, que sólo se limitaban a deleitarme con su presencia ígnea.

entonces me levantaba y olía a quemado. la habitación parecía un dibujo hecho únicamente a carboncillo, y yo quería volver a soñar, soñar con las llamas y no con las cenizas. en la metáfora, el placer del cigarrillo se había terminado hacía tiempo. el humo se había ido. mi pelo era esos resquicios grises que se dejaban caer sobre la basura. y yo era esa basura.

-Mírame. – decían las cenizas del escritorio. - ¡Míranos! ¿Quién nos ha hecho esto?

y la culpa me hacía callar.

-¡Qué somos ahora! – gritaban los poemas.

nadie respondía. las cuatro paredes calcinadas se quedaban unos segundos en silencio, y volvía a dormirme. como cada noche. y volvía a despertar, como cada mañana. no había descanso. no soñaba. los días en los que me sentaba frente a la máquina para encadenarme en frases habían terminado. ya no era un esclavo de las palabras, era algo peor; un cadáver de los versos, un ataúd repleto de bocetos que *no* descansaban

en paz.

algunas veces, algunas pocas, miraba el agujero en el que se había convertido la ventana y sentía una horrible tristeza que se apoderaba de mí. ¿Quién encendió aquél fuego? imaginaba una mano sosteniendo una cerilla frente a un bosque de matojos secos de un insano color amarillo. deslizaba con fiera suavidad el fósforo y una llama iluminaba por unos instantes los maltratados dedos del pirómano, ¡del monstruo que arrojaba la flama!, del oscuro ser que pintaba el fuego en carbón. ¡Su rostro! ay, su rostro, que jamás pude observar en ninguno de mis sueños, ¡de su rostro sólo quedaban los ocelos que me observaban como a través de las paredes igual que en un mal relato de terror!

me sentía gótico y oscuro cuando trataba de dormir, esos infernales minutos en los que mantenía con pesar los ligeros párpados cerrados, esos minutos en los que la *imaginación* me obligaba a pensar, a razonar. mi mente de escritor no descansaba ni siquiera cuando no había nada de lo que escribir. ¿fueron las manos de la sequía creativa las que inundaron mi paraíso?

y los poemas gritaban, ¡y los muebles preguntaban!, y yo callaba.

tal vez fuera una vela. una vela de la que la luz se vestía, y de la que la misma, hastiada del yugo de la cera, decidiera alargar su mano y acariciar todos los objetos. y la angustia venía de nuevo al imaginarme encendiendo la vela, con la inocente premisa de iluminar la oscuridad para poder trazar alguna de mis enfermedades como una cortina que sería mejor no retirar.

y con las náuseas venía la tristeza, con la tristeza el sueño, y con el sueño el despertar. soñaba a menudo con no despertar jamás, con vivir dormido, ¡Dormir más que vivir!, igual que los versos de Baudelaire. acomodarme en la cama y cerrar los ojos con una sonrisa, para no volver a tener que abrirlos. era habitual en mí la esperanza, la absurda esperanza de que por alguna ilógica manera, todo aquello terminase de pronto y pudiera olvidar lo ocurrido y retomar mis preciados quehaceres.

cuánto echaba de menos la agonía y la desesperanza.

despertaba y era como uno de esos tristes personajes de tristes historias a los que no les quedaba nada. de pronto se habían vuelto pobres de ánimo y de espíritu, y habían comenzado a buscar el placer en el alcohol para volverse ancianos prematuros y morir pocas páginas después de que apareciera su nombre por primera vez. morir con pocas arrugas. había olvidado mi rostro hacía mucho, y me preguntaba si mis labios se habían secado y cortado por la deshidratación y si mi piel se había cuarteado y hecho antigua.

había olvidado el edificio en el que vivía. alguna vez había tratado de arrojarme desde la azotea, pero me había acobardado en el último momento.

-¡Cobarde! – gritó un relato sobre el miedo.

había olvidado si escribir me hacía sentir bien. había olvidado todo cuando antes podía recordar con la mayor claridad y sobriedad en la mente. ¿Quién encendió aquél fuego? rápidamente decidí que tratar de hablar con los escritos calcinados y responder a sus preguntas era inútil. no estaban vivos. no pensaban. no eran nada más de lo que yo les había permitido ser. y no preguntaban nada que yo no les hubiera preguntado antes.

¿era esa una respuesta? ¿la manera adecuada de responder a lo más parecido a una descendencia que yo habría podido engendrar? me imaginaba respondiéndoles y saciando su insultante curiosidad, apagando sus verdaderas llamas. las verdaderas llamas que había escrito.

desperté de súbito una noche y encontré a mi lado un montón de papeles con un único nombre: El fuego. en él, un comediante me había escrito como un personaje absurdo e incoherente que lloraba sus penas a los poemas. ¿Quién encendió aquél fuego? ¿Quién escribió aquél fuego?

aquello no era una respuesta, era un simple relato. pero logró poner fin a la mayoría de mis males.